

LA EMANCIPACION.

PERIODICO SOCIALISTA.

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES.

Año 1.º	PRECIO DE SUSCRICION.—4 rs. trimestre. Número suelto: 2 cuartos.	Madrid 31 de Julio de 1871.	Para suscripciones, librería de San Martín, Puerta del Sol.	Número 7
---------	---	-----------------------------	---	----------

ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES.

FEDERACION MADRILEÑA.

El domingo 6 de Agosto, á las cuatro en punto de la tarde, celébrase asamblea general extraordinaria de todos los miembros de esta Federación, en el local de la misma.

EL SECRETARIO.

SECCION DE OFICIOS VARIOS.

Esta seccion celebra su asamblea general ordinaria en la calle de la Caba baja, núm. 42, piso segundo, á las nueve de la noche del lunes 7 de Agosto.

EL SECRETARIO.

ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES.

Consejo federal de la region española.

Circular.

La actividad de las agrupaciones obreras de todos los países produciendo la instrucción del proletariado en general y los esfuerzos de todos los conservadores para oponerse al movimiento obrero y mantener el actual orden social, basado en las categorías, y en oposicion con la fraternidad universal, última aspiración de la humanidad, ha planteado de una manera clara y terminante el problema social separando á los hombres en dos campos: unos que reconocen como único origen de las relaciones sociales la naturaleza; como medio para conocer estas relaciones la razón; como criterio la justicia: otros que solo se inspiran en su bienestar individual y quieren sostener el *statu quo* á pesar de la ley del progreso, porque así solo pueden asegurar los privilegios que esta inicua organización social les ha concedido.

En este estado los intereses, se agrupan las fuerzas, se unen, y cada cual reconoce como su salvación la solidaridad. Pero la union de los conservadores, cuyos intereses son siempre opuestos entre sí, es poco eficaz porque solo coincide en un punto la resistencia á la reforma social; al paso que entre nosotros, los que nada tenemos que perder ni nada que conservar, la union es eficazísima, porque todos coincidimos en lo único que tenemos y nadie nos puede arrebatar, esto es, la aspiración á la justicia.

Cuando estos dos ejércitos se aprestan á la lucha, uno para conquistar la justicia y otro para resistir y defender al mismo tiempo la iniquidad, no pueden los hombres honrados permanecer indiferentes ni detenerse, para conseguir un fin que no puede menos de ser mezquino, ante la grandeza del objeto que se debate. El triunfo tardará en obtenerse tanto como tardan en venir á nuestro lado los que deben unírseles, y son responsables de las injusticias que hasta entonces se cometan los que habiendo visto la verdad han tardado en aceptarla.

Por estas razones el Consejo federal de la region española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, cumpliendo su deber, propone á esa sociedad la aceptación del programa y organización de la misma, rogándola medite detenidamente antes de tomar una determinación sobre un asunto cuya trascendencia es mayor cada día; y que para esto se inspire, no en las apasionadas apreciaciones de amigos y enemigos, sino en su rectitud y desapasionado criterio.

Salud y emancipación social.

Por acuerdo y á nombre del Consejo federal, El Secretario, Francisco Mora.

Hoy 30 de Julio de 1871.

Dirección, Francisco Mora, Caballero de Gracia 8, Madrid.—Si necesitais estatutos, pedid.

Ciudadanos de la junta ó comité de la sociedad obrera...

LA HERENCIA.

AL PERIÓDICO «LA CONSTITUCION.»

En nuestro penúltimo número ofrecimos seguir combatiendo la propiedad individual en su postrer y mas firme atrincheramiento, que es la herencia. Vamos á cumplir lo prometido, contestando de paso al periódico radical *La Constitución*, que no satisfecho con echarnos en cara nuestra ignorancia é inesperienza—que estamos muy lejos de ocultar,—trata de ponernos en contradicción con el célebre iniciador de las negaciones socialistas, con el ilustre Proudhon.

No entraremos á examinar las opiniones de este filósofo—trabajo que nos proponemos emprender mas adelante en lo que se refiere á las doctrinas y aspiraciones que hoy sustenta la Internacional;—nos limitaremos á recordar al colega algunas frases del artículo que él critica. Decíamos:

«La falta de Proudhon ha consistido en discutir ese derecho,—el de la propiedad individual,—que en abstracto no puede negarse, pero que en su aplicación al orden social es injusto, subversivo é inmoral, y por consecuencia contrario á la verdadera noción del derecho.»

Véase, pues, cómo ni estamos enteramente conformes con todas las ideas de Proudhon, ni hemos dejado de «formar conocimiento de lo que filosóficamente es el principio de la individualidad.»

Pero de todos modos, plácenos ver á los economistas de *La Constitución* salir á la defensa del autor del *Avertissement aux propriétaires, les Contradictions économiques, la Justice dans la Revolution et dans l'Eglise* y otras obras que no son ciertamente memorias, cartas ni folletos, y convenir con él en que la *propiedad histórica es un robo*. Algo es algo, y á decir verdad no aguardábamos confesión tan sincera de los celosos mantenedores del individualismo, que han mostrado en esta ocasión su franqueza y honradez. Esto sentado, pasemos al exámen de lo que en lenguaje economista se llama *derecho á heredar ó libertad de testar*, y veamos cuáles son las consecuencias de semejante derecho.

Estas consecuencias son terribles: el hombre acaudalado lega su caudal á sus hijos, y por este solo hecho crea la desigualdad, otorga el bienestar y la riqueza á unos hombres que solo se han tomado el trabajo de nacer. Estos hombres podrán vivir en la holganza con el producto del trabajo ajeno, ó si quieren trabajar, contarán desde el principio con un capital que hará su competencia terrible, ó mejor dicho, imposible de resistir por los que solo cuentan con su propio trabajo. Ahora bien; si la desigualdad que procede de las facultades naturales, de la economía, del trabajo y de la virtud es en cierto

grado y con las debidas restricciones sostenible, esa otra desigualdad, producto del acaso, no es mas que una espoliación inicua, contra la cual los desheredados de la fortuna tendrán eternamente el derecho de reivindicación.

Se nos objetará, sin duda, que los capitales heredados se disipan rápidamente, y que los transmitidos por medio de la herencia se hallan en minoría: ante todo, el primero de estos hechos no está probado por la estadística, y aun cuando lo estuviese, no destruiría nuestro argumento, pues solo sería debido á un simple fenómeno de sustitución. Muchas de las riquezas que el burgués llama con tanto orgullo *adquiridas*, no están fundadas en el trabajo, ni siquiera en el trabajo *esplotado*, sino en una especulación cuyo origen es la herencia.

Pongamos un ejemplo: Juan posee un capital de 15.000 pesetas, cantidad de escasa importancia. Antonio hereda una finca de 50.000 pesetas, que deja descuidada por algun tiempo y al cabo se vé en la necesidad de enajenarla. Juan, que es mozo listo y calculador, se la compra por 20.000 pesetas, 10.000 al contado y las otras 10.000 á plazos. Le quedan 5.000 disponibles que emplea en mejorar la finca; esta recobra á poco su primitivo valor, y entonces vuelve á venderla y acaba de pagar á Antonio, realizando así un beneficio limpio de 30.000 pesetas.

Se nos dirá que Juan no heredó, que hizo un *buen negocio*, y nada mas. Pero si la herencia no hubiese existido, si la finca que Juan heredó hubiera venido á ser propiedad comun de la Asociación de trabajadores agrícolas, que la habría cultivado y mejorado, ¿podría percibir Juan un beneficio de 30.000 pesetas, *obtenido á tan poca costa*? Es indudable que no, y que con la propiedad de la tierra colectivay no pudiendo ser legada, *negocios* de este género serian irrealizables.

La herencia crea, pues, una desigualdad injusta y es origen de especulaciones vergonzosas y leoninas, manteniendo de este modo el odio entre las diversas clases de ciudadanos; empobrece á la sociedad haciendo posible la holganza, y es esencialmente antisocial. Mas aun, es homicida, porque arrebató á los desheredados su parte legítima del capital social; engendra, por último, la explotación del hombre por el hombre, es decir, la tiranía, la miseria y la muerte.

En presencia de estos resultados antisociales, no puede haber duda ni vacilación para ningun hombre que ame sinceramente la justicia: debe abolirse la herencia; los bienes del propietario deben pasar, despues de su muerte, á la colectividad social.

No desconocemos que con esta medida se coartaría la libertad del propietario y que se hollarían *derechos adquiridos*; pero tambien es cierto que todo hombre al nacer tiene derecho á recibir una parte del capital social para poder rabajar, vivir y desarrollar sus facultades, y de este derecho carece la inmensa mayoría de los ciudadanos, merced á la facultad concedida á unos pocos.

En suma, con la desaparición de la herencia,

bajo todas sus formas, se restablecería la igualdad en el mundo, y ante tan considerable resultado, juzgamos que cualquier vacilación sería culpable. Cuando se trata de una cuestión de vida ó muerte para la sociedad, toda consideración de equidad relativa, de libertad individual, debe sucumbir. Los que poseen derechos *perjudiciales* deben renunciar á ellos; la moral lo ordena, y si se negasen á obedecer, sufran las consecuencias de su crimen; pierdan esos mismos derechos que desean conservar; la sociedad se los arrebatará revolucionariamente y hará bien.

Uno de los partidos que componen la clase dominante, el partido unionista ó conservador, se ha declarado en huelga. Su combinación ministerial fracasó, según parece, por haber intentado suprimir violentamente á la Asociación Internacional de Trabajadores. No nos estraña que los dardos de los partidos burgueses se quiebran en el duro casco de la gran organización obrera. Cosas más extraordinarias esperamos ver todavía.

La reconciliación del fogoso Gambetta con el astuto Thiers parece ser un hecho consumado.

Las dos fracciones en que se divide la burguesía francesa, conservadores y republicanos, deponen, al parecer, antiguos odios y modernos resentimientos en aras del bien de la clase. Se trata de salvar la caja, y para esto es preciso distraer la atención de los campesinos—porque los obreros no se dejan ya engañar—con una nueva exaltación patriótica, con alguna empresa guerrera.

Las dos tendencias que dominan en la Asamblea nacional no dejan lugar á dudas sobre este último punto. Si triunfa la política de la derecha, que ante todo ama al Papa, habrá expedición á Roma y guerra con Italia; si, por el contrario, vence la política de Gambetta y de la izquierda republicana, que quieren sobre todo la gloria y la *revancha*, el poder ejecutivo se decidirá á combatir con la Prusia—cuando llegue la ocasión. Al *general* Thiers todo le es indiferente, con tal que se hable mucho de guerra y se hagan grandes armamentos y empréstitos cuantiosos.

La Francia debe darse por contenta de haber quedado arruinada, pues solo á esta circunstancia deberá el que sus dueños y conquistadores no acaben de hundirla por completo y para siempre. Porque sus verdaderos conquistadores no son los prusianos, que se irán en cuanto se les pague, sino los hombres de Estado que por más que se les paga no quieren irse.

LOS CARTELES ROJOS.

Con motivo de las últimas elecciones de París, nuestro apreciable colega *La Liberté*, de Bruselas, ha publicado un excelente artículo, que trasladamos casi íntegro á nuestras columnas:

«A juzgar por el espanto que en toda la prensa conservadora han producido los *carteles rojos* fijados estos últimos días en las esquinas de París, y firmados por un «Comité radical,» vamos á tener elecciones *comunales*, precisamente cuando se creía al partido de la Commune enteramente disperso ó exterminado.

¡La Commune! jamás ha gozado de tanta vida. Leed los periódicos de París, todos, todos; solo ven, solo respiran la Commune; diríase un viento abrasador que les devora las entrañas. Quieren obrar y gesticulan, quieren gritar y su grito se asemeja al estertor del moribundo. Han pretendido aterrar á la Francia y al socialismo europeo, y son ellos los que tiemblan. Sienten por do quiera una mirada terrible fija sobre ellos. «Lo que he visto y oído,—dice el *Figaro*,—que fué á hacer una visita á los barrios popu-

lares bajo la protección de un obrero,—lo que he visto y oído no lo revelaré.

«Al pasar nosotros hablaban bajo y yo observaba bien que nos miraban con desconfianza.

«¡Era el odio antiguo convertido hoy en cólera!

«Los padres fueron fusilados, las madres y las hermanas conducidas á Satory; y como *todos son culpables*, aguardan de un momento á otro que vayan á prenderlos, y cuando la puerta se abre esclama cada cual: ¡vienen por mí!»

Es verdad, todos son culpables; la población trabajadora en masa es culpable, lo es todo París; la conciencia pública es culpable, y solo son ajenos al inmenso delito de querer la justicia, las almas vendidas y los ricos que las compran. Y esos no culpables han vencido, han ahogado el crimen inmenso, el crimen de la humanidad en torrentes de sangre. Durante tres meses, la inmundicia jauría de periodistas mercenarios ladró, acosó, ahuyentó á los criminales del gran crimen de la conciencia, y ahora que estos justos triunfan, y que la calma debería renacer, tienen miedo, «se les mira con desconfianza,» «se habla bajo cuando ellos pasan,» y son esos justos los que se sienten condenados; son esos intachables los que inclinan la frente ante la desconfianza, la cólera y el odio vengadores. Esos jueces conocen que están juzgados. Aceptan ya el universal desprecio como recompensa digna de sus atentados. A cada momento se figuran oír alzarse de la muchedumbre ese grito de reprobación, al cual nada en lo humano resiste, y que hace caer las aves del cielo. Han dejado á París huérfano de hombres y de brazos, lo han poblado de libertinos y cortesanas, y aun en medio de esa población tienen miedo; y hoy, en presencia de unas elecciones municipales, se figuran ya ver á ese París empapado todavía en sangre, á ese París casi sin pueblo, restableciendo la Commune. ¿Pero de dónde quereis que salga, si habeis esterminado á todos los que en torno vuestro la defendían? ¡No veis que, si habiéndoos quedado solos todavía la teméis, es que sale, vengadora, de vuestras propias conciencias!

Ese es el comienzo de la justicia: de este modo se anuncia el juicio de los culpables de ayer sobre los culpables de mañana. Los verdaderos criminales se denuncian á sí propios: la palidez, los gritos de espanto, la conciencia turbada, el castigo sin cesar entrevisto los descubre.

«En punto á reformas, dice el *Figaro*, comenzad por tener fuerza: mantened el estado de sitio; reunid gendarmes, agentes de policía, un ejército disciplinado.... Ocupaos de esto primero; de lo contrario, el mejor día, en medio de vuestros magníficos discursos, sereis devorados (*mangés*).»

No, no sereis devorados; estais juzgados y recibiréis el merecido castigo, porque sois unos miserables y unos criminales. Y sereis castigados, no con mano temblorosa, como vosotros lo habeis hecho; no con esa mirada llena de turbación, que, después de ejecutada la sentencia, se revuelve en torno suyo aterrorizada, viendo asomar por do quiera la venganza y el desprecio. No; sereis castigados por una mano tranquila, guiada por la conciencia; por una mano serena, pero implacable.

Habeis querido juzgar con el terror, pigmeos, sin saber que solo la Revolución puede tocar á esas armas.»

El *Derecho*, periódico de Versalles, refería últimamente que los abogados de la Asamblea nacional se habían reunido en un banquete, al cual asistieron *noventa*, á pesar de estar ausentes cierto número de esos diputados. Ahora bien, ¿cómo quieren que prospere un país dirigido por un centenar de abogados y otros

tantos periodistas? ¿Qué importa á todos esos hombres de lengua y de pluma las condiciones de la producción y del trabajo? Ellos hallarán siempre ocasión oportuna de colocar un discurso ó un artículo, aun cuando el país esté arruinado, y quizás con ventaja, pues sus frases serán entonces más huecas y sonoras.

Los órganos del partido republicano en la prensa guardan silencio profundo acerca de las cuestiones político-sociales que abordamos en nuestro número precedente, y sobre las cuales les pedíamos manifestasen su opinión. *La Igualdad* se atreve no obstante, aunque sin darse por entendido de nuestras leales escitaciones, á escribir un artículo que titula *La cuestión social en Suiza*, y en el cual, á vuelta de varias apreciaciones, más ó menos inexactas respecto del estado social de aquella república, parece hacer suyas las palabras del presidente del Consejo de los Estados suizos, declarando que «todo tiende á demostrar que la cuestión social está planteada y exige una solución.»

Está bien; ¿pero cuál es la solución que presenta el partido republicano? ¿Quiere decirnoslo el colega? Nosotros tenemos una que creemos sea la más justa y la más eficaz. ¿Tienen otra que oponernos los republicanos burgueses? Dispuestos estamos á discutirla. Pero no olvide *La Igualdad*, no olviden sus correligionarios políticos que la situación es grave, que el pueblo trabajador se va cansando de tanta inútil palabrería, y que nosotros por nuestra parte resueltos estamos á arrancar la máscara á toda suerte de especuladores, y á no consentir que se juegue por más tiempo con la buena fé de la clase trabajadora.

Hemos visto con verdadera satisfacción la actitud resuelta en que se coloca nuestro querido colega *La Federación*, de Barcelona, respecto de la conducta que los trabajadores deben observar caso de una lucha entre los partidos burgueses. Hé aquí las palabras del colega:

«A LOS TRABAJADORES TODOS.

Sabemos que una comisión del partido republicano federal ha salido de Madrid para diseminarse por todas las provincias á fin de saber á punto fijo la actitud que tomaremos los obreros si, como es de esperar, los partidos históricos burgueses se lanzan al campo de la lucha á medir sus fuerzas.

Esperamos que nuestros obreros, midiendo la gravedad de las circunstancias, y calculando que un peso en uno ú otro sentido podría ser de funestas consecuencias, y de seguro, sin resulta dos para nuestra causa, fuese el que fuese el que saliera vencedor; resolverán permanecer neutrales ante un combate que ú si se verifica, ni el más insignificante de nuestros intereses se ventilará.

Nosotros debemos mirar con la misma indiferencia á *tirios* que á *troyanos*, en tanto no somos bastante fuertes para tentar un golpe de mano, con probabilidades de triunfo, que nos hiciera dueños de la situación.

Y pues esto no es posible, nuestra actitud debe ser fría y severa para con todos los infames que luchan para repartirse nuestros miserables jornales, producto de nuestros sudores.

Proceder de otro modo, sería servir como siempre de carne de cañón durante la batalla, y de carne de burgués después de la victoria.

Comprendemos que esta comisión usará de todos los ardides para hacer inclinar el ánimo de los obreros á que prueben una batalla en unión con el partido republicano; pero esperamos que no se dejarán fascinar por el brillo de pomposas frases ni por halagüeñas promesas, máxime cuando saben por una dolorosa experiencia á lo que se reducen una vez en el poder; y que con su esquisito sentido práctico, tomarán una determinación no espuesta á peligros, decorosa á su dignidad y sobre todo conveniente á sus intereses.»

Hemos recibido *The Cooperator and Anti-Vaccinator*, de Londres; *La Revista Popular*, de Barcelona; *El Faro del Pueblo*, de Cáceres; *La Vanguardia*, de Cuenca; *La Justicia Social*, de Madrid; *La Reforma*, de Córdoba; *El Anunciador de Jaen*, de Jaen; *La*

Question Cubana, de Sevilla, y *La Humanidad*, de Barcelona.

Damos las gracias á nuestros colegas por su atencion, y les enviamos nuestro cordial saludo.

Un diario noticiero tan procaz como mal intencionado, que de algun tiempo á esta parte viene reproduciendo cuantas patrañas circulan acerca de la Internacional, estampa en uno de sus últimos números:

«La *Correspondencia de Berlin* dice que el famoso comité invisible y anónimo que prepara en Londres los trabajos de la Internacional carece de fondos.»

El periódico en cuestion, lo mismo que su asalariado colega de Berlin, se engañan ó han querido engañar á sus lectores. No es cierto que el Comité, ó hablando con mas propiedad, el Consejo general de Londres, sea invisible ni anónimo, y la prueba es que nosotros estamos publicando todos los dias documentos firmados por los ciudadanos que lo componen y que todo el mundo sabe que tiene su residencia en High-Holborn, núm. 256, W. 6; no es cierto tampoco que el Consejo general que reside en Londres dirija los trabajos de la Internacional, puesto que las secciones de cada region y aun las de cada federacion local obran con entera independencia dentro de sus reglamentos y de los estatutos generales de la Asociacion. En cuanto á la carencia de fondos, tranquilicense nuestros adversarios: como la Internacional no tiene ejércitos que mantener, ni polizontes que pagar, ni siquiera escritores mercenarios que retribuir, puede vivir muy económicamente, y mucho tiempo, mucho tiempo todavía.

En su afan de hacer de la propiedad una especie dogma, los periódicos burgueses aducen razones de este calibre:

«Las difíciles comunicaciones hacen que tal ciudad interior no pueda llevar al mercado sus cosechas, la industria está muerta y la agricultura y el comercio paralizados; un ferrocarril daría la vida á aquella ciudad y á aquel campo estéril. Un propietario se niega á ceder el terreno por donde tiene que pasar el nuevo camino. ¿Quedará la sociedad sin fuerza ante esta resistencia? Esto no es el comunismo aplicado por el Estado; es el sacrificio del egoísmo individual ante los intereses sociales.»

Así se espresa *La Constitucion*, diario economista-democrático-radical. Eso mismo queremos nosotros, caro colega, el sacrificio del egoísmo individual ante los intereses sociales.

MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL.

AUSTRIA.

Con fecha 8 de Julio escriben de Pestch al *Volksstaat*:

«Quiero referir en pocas palabras lo que ha pasado estos últimos dias en esta capital. Sin duda sabeis ya que en Pesth ha empezado una verdadera persecucion contra los socialistas. Hace una tres semanas nos disponiamos á celebrar una reunion pública en la que debian discutirse los puntos principales del programa socialista, pero la policia nos la prohibió. Renunciamos, pues, á la reunion pública, pero nos reunimos en el gabinete de lectura de la asociacion obrera, donde se pronunciaron algunos discursos. Desde allí nos fuimos unos doscientos á dar un paseo por un pequeño valle de las cercanías, y regresamos á la ciudad formados de cuatro en cuatro, pero sin hacer ninguna clase de demostracion. Sin embargo, al gobierno se le antojó trasformar este paseo en una manifestacion, y al dia siguiente fueron presos Sheu y Peschau, que habian sido designados para presidir la reunion proyectada, Rüd, Kuttif, Schaffner, Politzer y Szvoboda, miembros de la asociacion obrera. Una comision que pasó á avistarse con el gobernador para interceder por los presos, fué tambien encarcelada, y la misma suerte sufrieron Essl, presidente de la asociacion, y Ranch, cajero, llevándose a cabo diferentes reconocimientos en el local de la sociedad.

Apenas se tuvo noticia de estos actos brutales, reinó entre los obreros tal agitacion, que se temió que surgiera algun grave conflicto. Se constituyó un comité de quince miembros para impedir que tuvieran lugar sucesos desagradables y trabajar para que pusiesen en libertad á los presos; pero apenas se reunió, fué cercado el local por la tropa y los quince in-

dividuos que lo componian fueron presos. Al dia siguiente se hizo lo mismo con todos los socialistas conocidos; el número de presos subió á 35.

El mismo dia se reunió el Consejo de ministros y acordó que los *instigadores* continuarian en la cárcel hasta que se calmase la agitacion.

Hace tres semanas que la tropa está en sus cuarteles dispuesta á obrar en cuanto sea preciso. Hace tambien tres semanas que los presos están incomunicados sin que se les haya tomado declaracion alguna.

Todo esto no desanima lo mas mínimo á los socialistas, y los sentimientos fraternales de los trabajadores se han puesto de manifiesto en las numerosas suscripciones que se han abierto en favor de los presos.»

ESPAÑA.

Segun cartas particulares, el encargado de los trabajos del arsenal de Cartagena espulsa á cuantos obreros sabe que están afiliados á la Internacional.

Es un modo, como otro cualquiera, de respetar el derecho de asociacion consignado en la Constitucion del Estado.

—Nuestro corresponsal de Mataró nos dice con fecha 20 que los obreros de la fábrica de Puig y Sala se declararon en huelga, pidiendo que se redujesen á 12 las horas de trabajo diario, que hasta entonces habian sido 13; despues de tres ó cuatro dias de huelga, los obreros consiguieron el objeto que se proponian, obteniendo tambien que los sábados no se trabajase mas que hasta las cuatro de la tarde en vez de trabajar hasta las seis, como venian haciendo. Damos nuestra cordial enhorabuena á nuestros compañeros de Mataró, por su triunfo.

El mismo corresponsal nos dice que de 40 socios que contaba el año pasado la sociedad de las *Tres clases de vapor*, cuenta hoy mas de 700; nos dice igualmente que se ha constituido una seccion de albañiles que cuenta 40 socios; otra de curtidores con 38; otra de agricultores con 30, y una de alfareros con 36. Tambien esta semana debe quedar constituida y federada la seccion de oficiales barberos.

—En Valencia los obreros panaderos han tenido estos dias una pequeña huelga, que ha terminado haciéndose mutuamente algunas concesiones los patronos y los huelguistas.

—La huelga de los canteros de esta capital ha terminado como no podia menos de terminar, atendido que no estaban asociados: todos han vuelto á trabajar; unos con el aumento de 2 reales de jornal, otros en las mismas condiciones con que trabajaban antes.

No nos cansaremos de repetir que antes de declararse en huelga, los oficios deben asociarse, crear sus comités de defensa, sus consejos periciales, sus cajas de resistencia, y federarse con todas las demás secciones de su oficio, y con las de los diferentes oficios de la localidad. Todo lo que sea separarse de esta línea de conducta es agotar las fuerzas en una lucha completamente estéril.

—Los tallistas de cierto taller de esta capital, habiendo sido despedido é insultado uno de sus compañeros por el maestro, sin motivo justificado, abandonaron dicho taller, resolviendo no volver á trabajar mas en él. Al dia siguiente estos dignos obreros trabajaban ya en otro taller. Si todos los trabajadores obraran del mismo modo, de seguro los burgueses los tratarian con la consideracion que su laboriosidad y su propio decoro exige.

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA.

MANIFIESTO DEL CONSEJO GENERAL DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES.

A todos los miembros de esta asociacion en Europa y en los Estados Unidos.

III.

(Continuacion)

Paris, asiento céntrico del viejo poder gubernamental y al mismo tiempo núcleo de la clase trabajadora francesa, se levantó en armas contra la intencion de Thiers y de los rurales de restaurar y perpetuar aquel viejo poder gubernamental que les habia legado el imperio. Paris pudo resistir gracias á que, de resultados del sitio, habia suprimido el ejército reemplazándolo con una guardia nacional cuya gran mayoría está compuesta de trabajadores. Este hecho se trasformó entonces en una institucion. El primer decreto de la Commune declaró abolido el ejército reemplazándolo por la guardia nacional.

La Commune se componia de consejeros municipales (concejales) elegidos por sufragio universal en los diferentes distritos de la ciudad, responsables y revocables en un breve plazo. La mayoría de sus miembros eran, como es natural, trabajadores ó reconocidos como representantes de la clase trabajadora. La Commune no era un cuerpo parlamentario, sino un cuerpo trabajador legislativo y ejecutivo á la vez. La policia, en lugar de continuar siendo un agente del gobierno central, fué despojada de sus atribuciones políticas, y trasformada en un agente de la Commune responsable y revocable en todo tiempo. Lo mismo eran los funcionarios de todos los otros ramos de la administracion. Desde los miembros de la Commune á bajo, el servicio público habia sido dado á jornal, (*workmen's wages*). Los uniformes y los gastos de representacion de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con estos mismos dignatarios. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad particular é instrumentos del gobierno central. La Commune tenia en sus manos, no solo la administracion municipal, sino todos cuantos cargos habian dependido hasta entonces del Estado.

Una vez abolidos el ejército permanente y la policia, que constituian la fuerza material del antiguo gobierno, la Commune ansiaba destruir la fuerza espiritual de represion, el poder clerical, declarando propiedad colectiva todas las iglesias. Las oraciones fueron relegadas al secreto de la vida privada para apacentar allí las almas de los fieles á imitacion de sus predecesores los apóstoles. Todos los establecimientos destinados á la instruccion se abrieron gratuitamente al pueblo, librándolos al mismo tiempo de toda intervencion de la Iglesia y del Estado. De modo que, no solo se puso la educacion al alcance de todos, sino que hasta la ciencia misma fue desligada de las trabas de que las preocupaciones de clase y la fuerza gubernamental la habian rodeado.

Los funcionarios judiciales fueron despojados de aquella falsa independencia que habia servido solo para ocultar su abyecto servilismo con todos los gobiernos, á quienes en cambio ellos habian tomado y violado el juramento de fidelidad. Lo mismo que todos los demás funcionarios públicos, los jueces y los magistrados habrian de ser electivos, responsables y revocables.

La Commune de Paris debia servir de modelo á todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido el régimen comunal en Paris y en los centros secundarios, el vetusto gobierno centralizado habria entrado tambien en el camino que conduce al gobierno directo (*self-government*) de los productores. En un ligero bosquejo de organizacion nacional que la Commune no tuvo tiempo de desarrollar, establece claramente que la Commune hubiera sido la forma política, lo mismo de los grandes centros que de las mas pequeñas aldeas, y que en los distritos rurales el ejército permanente habria sido reemplazado por una milicia nacional, cuyo servicio duraria un tiempo sumamente limitado. Las comunas rurales de cada distrito debian administrar sus intereses comunes por medio de sus delegados reunidos en Asamblea en la ciudad central del mismo, y estas Asambleas de distrito mandarian á su vez diputados á la delegacion nacional reunida en Paris; todos los diputados serian revocables en cualquier tiempo y estarian ligados por el mandato imperativo de sus electores. Las pocas pero importantes funciones que quedaban aun á cargo del gobierno central no habian de ser suprimidas, como intencionadamente se ha propalado, sino que hubieran sido desempeñadas por el comunal y por sus agentes responsables. La unidad de la nacion, lejos de romperse con la constitucion Comunal, se hubiera organizado pasando á ser una realidad por la destruccion del poder del Estado, que pretende ser el representante de esa unidad independiente de la nacion y superior á la nacion misma de la cual es solo una escrescencia parásita. Al propio tiempo que los órganos meramente represivos del antiguo poder gubernamental habrian sido amputados, se habrian arrancado á una autoridad que usurpa la preeminencia sobre la sociedad sus legítimas funciones, para devolverlas á los agentes responsables de esta sociedad misma. En lugar de decidir cada tres ó seis años qué miembros de la clase acomodada debian representar mal al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal habia de servir al pueblo, constituido en comunas, como un sufragio individual, para que cada cual designase en sus artes ú oficios los trabajadores y directores. Y es bien sabido que las sociedades, como los individuos, en cuestiones de su profesion, saben dar á cada cual

el cargo para que es más apto, y si se equivocan, enmiendan inmediatamente la falta. Por otra parte, nada estaba más lejos del ánimo de la Commune que la idea de reemplazar el sufragio universal con la investidura gerárquica.

Sucede generalmente con las creaciones históricas completamente nuevas que se las confunde por sus antagonistas con las formas más añejas y olvidadas de la vida social con las cuales puedan tener alguna semejanza. Así es que esta Commune tan nueva y revolucionaria, que rompe el poder del Estado moderno, ha sido confundida con los Municipios ó Communes de la edad media, que precedieron en un principio, y pasaron á ser luego la esencia de ese poder del Estado. La constitucion Comunal ha sido interpretada como un propósito de romper, por medio de una federacion de pequeños Estados, tal como la soñaron Montesquieu y los Girondinos, esa unidad de las grandes naciones que, si hubiera tenido éxito por la fuerza política, sería hoy un poderoso coeficiente de produccion social. El antagonismo entre la Commune y el poder del Estado se ha confundido con la antigua lucha en contra de la centralizacion. Circunstancias históricas de momento pueden haber cambiado de curso el clásico desarrollo de la forma de gobierno burgués, como en Francia, ó haber permitido completar, como en Inglaterra, los grandes órganos del Estado central por medio de corruptores consistorios, de consejeros agiotistas, de feroces guardianes de las leyes contra los pobres en las ciudades, y de los cargos de magistrados hereditarios y vitalicios en los campos. La constitucion Comunal habria devuelto al cuerpo social todas las fuerzas absorbidas hasta aquí por el Estado parásito que vive á costa de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Por este solo acto la Commune habria iniciado la regeneracion de la Francia.

La clase media francesa de las provincias vió en la Commune el intento de restaurar la dominacion que ella habia ejercido sobre las comarcas rurales en tiempo de Luis Felipe, y que, durante el gobierno de Luis Napoleon, fué reemplazada por el supuesto poder de estas sobre las ciudades centrales de sus distritos, y en ellas aseguraba por medio de los trabajadores la natural garantía de sus intereses.

La verdadera existencia de la Commune envolvía, como cosa corriente, la libertad municipal local, pero no tan lata que pusiera en jaque el poder del Estado. Solo podia haber en la cabeza de un Bismark, quien, cuando no está absorto por sus intrigas de sangre y fuego, gusta siempre de volver á su antigua profesion de colaborador del *Kladderatsch* (periódico satírico de Berlin), profesion tan adecuada al calibre de su mente, solo podia haber en una cabeza tal, decimos, atribuir á la Commune de Paris aspiraciones á imitar la constitucion municipal prusiana, que reduce el gobierno de las ciudades á simples ruedas secundarias de la máquina política del Estado, y que no es otra cosa que una caricatura de la antigua organizacion municipal francesa de 1791.

La Commune trasformó en una realidad el gobierno barato, ese reclamo de las revoluciones burguesas, destruyendo dos fuentes de inagotables gastos: el ejército permanente y el funcionarismo del Estado. La existencia de aquella suponía la no existencia de la monarquía, que es, á lo menos en Europa, el obstáculo normal y el indispensable protector de la clase rica; asentaba la república sobre las bases de las verdaderas instituciones democráticas. Pero ni un gobierno barato ni la verdadera república eran su objeto final.

El sinnúmero de suposiciones que se han hecho sobre la Commune y la multitud de intereses que creó en su favor demuestra que era una forma política completamente expansiva, diferente en esto de todas las antiguas formas de gobierno que habian sido enfáticamente represivas. Este fué su verdadero secreto. La Commune era esencialmente un gobierno de la clase trabajadora, consecuencia de la lucha de la clase productora contra la clase propietaria, última forma política conocida y centro de la cual debia realizarse la emancipacion económica del trabajo.

Sin esta última condicion, la Constitucion comunal hubiera sido un imposible, una ilusion. El poder político de los productores no podia coexistir con su esclavitud social. La Commune habria servido también de palanca para desarraigar las bases económicas sobre que se asienta la existencia de las clases y el poder de clase. Una vez emancipado el trabajo, cada hombre hubiera sido un trabajador, y el trabajo productivo habria dejado de ser un atributo de clase.

Cosa rara. A pesar de cuanto en los últimos sesenta años se ha dicho y escrito acerca de la emancipacion del trabajo, no se habia conseguido que los trabajadores tomaran antes de ahora en sus propias manos este asunto con esa decision que ha provocado á un mismo tiempo toda la fraseología apologética de los *charlatanes* de la presente sociedad con sus dos polos de capital y salario servil; cómo si la sociedad capitalista estuviera aun en su puro estado de virginal inocencia, cómo si sus antagonismos no estuvieran aun desarrollados, cómo si sus ilusiones estuvieran aun vivas, como si no hubiesen puesto todavia en evidencia su repugnante prostitucion! ¡La Commune, esclaman ellos, pretendia abolir la propiedad, base de toda civilizacion! Si, señores: la Commune pretendia impedir que la clase propietaria, con el trabajo de los mas, constituyera la riqueza de los menos. Quería la expropiacion de los expropiadores. Necesitaba hacer de la propiedad individual una verdad transformando los medios de produccion, la tierra y el capital, que ahora son los principales instrumentos de esclavitud y explotacion del trabajo, en meros instrumentos del trabajo libre y asociado. ¡Pero esto es el comunismo, un comunismo imposible! Mas esos miembros de la clase rica que son bastante inteligentes para comprender que el actual sistema de organizacion social no puede seguir, y estos son los mas, han sido los iniciadores y los mas acérrimos defensores de la cooperacion de produccion. Si la cooperacion de produccion no debe continuar siendo un lazo ó un engaño; si no es una anagaza del sistema capitalista; si las sociedades cooperativas reunidas deben regular la produccion nacional sobre un plan comun, tomándola bajo su propia inspeccion y poniendo término á la constante anarquía y á las convulsiones periódicas que son la fatalidad de la produccion capitalista, ¿qué otra cosa sería, señores, el comunismo, el posible comunismo?

La clase trabajadora no esperaba milagros de la Commune. No quería en manera alguna la introduccion de utopias *por medio de decretos del pueblo*. Sabia que para llevar á término su emancipacion, y con ella la mas elevada forma á que tiende irresistiblemente la presente sociedad por sus medios económicos, debería saltar por encima de numerosos obstáculos y de una serie de procedimientos históricos para transformar los hombres y las cosas. No tenia ideales que realizar, sino dar la libertad á los elementos de la nueva sociedad de que está preñada la misma sociedad burguesa caduca y arruinada. La clase obrera, plenamente convencida de su mision histórica y con la heroica resolucion de llevarla á cabo, puede reirse de las rudas invectivas de los caballeros de la pluma y el tintero y de la hipócrita proteccion de los doctrinarios burgueses que hacen gala de sus necias vulgaridades con el tono sibilítico de la infalibilidad científica.

Cuando la Commune tomó en sus manos la direccion de la revolucion; cuando los trabajadores unidos se atrevieron por primera vez á desconocer el privilegio gubernamental de sus «señores naturales», y, en medio de circunstancias tan difíciles que no tienen ejemplo, emprendieron modesta, concienzuda y eficazmente su obra,—reduciendo los sueldos á una quinta parte de lo que eran antes, y señalando á sus primeras autoridades científicas como sueldo el mínimo que tenia el secretario de cierto colegio metropolitano,—la caduca sociedad se estremeció de rabia viendo ondear en el Hotel de Ville la bandera roja, ese símbolo de la República del Trabajo.

Y á pesar de todo, esta fué la primera revolucion en que la clase trabajadora ha sido reconocida como la única capaz de iniciativa social por toda la clase media de Paris, tenderos, artesanos y comerciantes, exceptuando los ricos capitalistas. La Commune, por medio de un hábil arreglo, habia librado á la clase media de las cuestiones que entre sus mismos individuos se suscitaban, ó sea de las cuentas entre deudores y acreedores. Esta misma fraccion de la clase media, despues de haber contribuido á sofocar la insurreccion de la clase trabajadora en 1848, fué sacrificado á sus acreedores por la Asamblea constituyente de entonces. Pero no era este el único motivo que ahora tenia para aliarse con la clase trabajadora. Sabia que no podia reaparecer mas que con una de estas dos denominaciones: la Commune ó el imperio. Este, económicamente, la habia arruinado con su enorme despilfarro de la riqueza pública, con el apoyo que prestaba á la concentracion cada dia mayor del capital, y la consiguiente disminucion de sus filas; políticamente, la habia anulado; moralmente, la habia ofendido con sus orgías, habia insultado su

volterianismo entregando la educacion de sus hijos en manos del clero (*frères ignorantins*); patrióticamente, habia provocado su resentimiento nacional lanzándole á una guerra que solo ha dejado ruinas en pos de sí, y cuya única compensacion ha sido la caída del imperio. En efecto, despues que la alta *bohemia* bonapartista y financiera hubo salido de Paris, el verdadero partido de orden de la clase media, bajo el nombre de «Union republicana», se acogió á la bandera de la Commune y la defendió contra los ataques salvajes de M. Thiers. El tiempo nos dirá si la gratitud de esta gran parte de la clase media ha podido ó no soportar la ruda prueba por que en estos momentos atraviesa.

La Commune estaba en lo cierto al decir á los campesinos que «su victoria debía ser su única esperanza.» De todas las falsedades que se forjaban en Versalles y se difundían despues por los escritores asalariados de toda Europa, una de las mas absurdas es la de que los *rurales* representaban la Francia agrícola. ¡Considerad que amor puede profesar el campesino francés á esos hombres á quienes, despues de 1815, tuvo que pagar una indemnizacion de mil millones de francos! A los ojos de todo campesino francés, un gran propietario agrícola es un obstáculo para el planteamiento de sus conquistas de 1789. En 1848 los burgueses recargaron la contribucion territorial con un 45 por 100, pero lo hicieron en nombre de la revolucion; en tanto que ahora han fomentado la guerra civil contra la revolucion para echar sobre los hombros de los campesinos la mayor parte de los cinco mil millones de francos de la indemnizacion que debe pagarse á los prusianos. La Commune, por otra parte, en uno de sus primeros manifestos, decia que los gastos de la guerra se harían pagar á los que habian sido causa de ella. La Commune habria librado á los campesinos de la contribucion de sangre, les habria dado un gobierno barato, habria transformado esas sanguijuelas llamadas notarios, abogados, procuradores y otros vampiros judiciales, en agentes asalariados de la Commune, responsables y elegidos por ellos mismos; los habria salvado de la tiranía del guarda-término, del gendarme y del prefecto, y habria puesto al maestro de escuela en lugar del párroco. Y el campesino francés que es, sobre todo, agradecido, habria juzgado muy razonable que el sueldo del cura, en vez de depender del Estado, dependiera únicamente de la accion espontánea de los sentimientos religiosos de los feligreses.

Tales eran los grandes é inmediatos beneficios que el gobierno de la Commune, y solo el gobierno de la Commune, prometía á los campesinos franceses. Está demás, por consiguiente, estenderse acerca de otros problemas complicados, pero de un interés vital que solo la Commune podia, y al mismo tiempo tenia interés en resolver en favor de los campesinos, á saber, la deuda hipotecaria, que pesa sobre sus parcelas como una inmensa capa de plomo; el proletariado rural cada dia mas creciente, y su espropiacion, realizada á un precio mas y mas infimo por el gran desarrollo de la agricultura moderna, y la competencia de los labradores capitalistas.

Los campesinos franceses habian elegido á Luis Bonaparte presidente de la república; pero el partido de orden creó el imperio. Lo que el campesino francés quiere, empezó ya á demostrarlo en 1849 y 1850, oponiendo su alcalde al prefecto del gobierno, su maestro de escuela al cura del gobierno, y oponiéndose él mismo al gendarme del gobierno. Todas cuantas leyes hizo el partido de orden en Enero y Febrero de 1850, fueron otras tantas medidas de represion contra los campesinos. El campesino era bonapartista porque la gran revolucion, con todos los beneficios que de ella habia obtenido, estaba personificada á sus ojos en Napoleon. Esta ilusion, prontamente desvanecida bajo el segundo imperio, esta preocupacion del pasado, ¿habria podido sostener su comparacion con la Commune, tratándose de los intereses vitales y de las urgentes necesidades de los campesinos?

Este era el principal temor de los rurales, pues sabian que si Paris comunal estaba solo tres meses en libre comunicacion con las provincias, esta comunicacion hubiera dado por resultado un levantamiento general de los campesinos, y de ahí su afán de bloquear á Paris con su policia, á fin de impedir que la propaganda se corriera á los departamentos.

(Se continuará.)

MADRID: 1871.

Imp. de J. García, Costanilla de los Angeles, 3.